

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO
**DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA**  
 || SORTEA ANUALMENTE LIBRETAS DE LA CAJA DE AHORROS PARA FAMILIAS POBRES ||
FRANQUEO  
CONCERTADO
**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)**

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	
Paquetes, sin suscripción de 100núms. 2 ptas.	
Incluidos gastos de correo, sin certificar.	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

 Tirada mensual de este periódico  
 20.000 EJEMPLARES

**ADVERTENCIAS**

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

## Caso de conciencia

Una de estas últimas noches, a cosa de las ocho, me sentaba a la mesa de unos excelentes amigos míos.

Todos conocéis esos singulares minutos que siguen al comienzo de una comida... ¿Es el apetito excitado con la presencia de manjares y que reclama imperiosamente que se le dé satisfacción...? ¿Es que los comensales no han entrado aún en contacto, por entonces, con sus respectivos vecinos de mesa...? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que esos minutos a que me refiero suelen ser de gran silencio, turbado solamente por el ruido de las cucharas hiriendo cadenciosamente el centímetro escaso de sopa fría que caracteriza a las comidas *chics*,

En esa sazón, cuando todos callaban, fué cuando mi vecino de mesa, dándome con el codo, me dirigió la palabra:

—¿Señor cura...?

—¿...?

—Parece que me remuerde la conciencia.

La señora de la casa levantó la cabeza:

—¿Que le remuerde la conciencia...?

—Sí, señora.

—Entonces, ¡confiésese! Sacerdote tiene aquí con quien hacerlo, y él verá si puede absolverle.

Mi vecino comenzó de esta suerte:

—Para venir aquí esta noche, tomé el *Metro* (1) en Passy. En frente de mí, equivocándose probablemente de clase, se sentaron tres obreros, tres peones de los que suelen trabajar en el movimiento de tierras. Con sus rostros morenos, sus cabellos crespos, sus anchos pantalones de pana terrosa, sus cinturones rojos y sus blusas negras, eran mirados por mí con interés, dispuesto a intervenir en su favor

si les pedían los veinte céntimos suplementarios.

Era el aire de los peones regocijado y burlón, y, no obstante, parecían un tanto acobardados, como quien se encuentra fuera de su elemento habitual, y como si echasen de menos, entre sus manos callosas, las palas y picachones de su oficio.

Inopinadamente, uno de ellos levantó las rodillas; acababa de sentir que bajo la recia suela de sus claveteados borceguíes había algo... Inclínose, y, a tientas, recogió del suelo un librito usado, con cubierta de cartulina gris...

Lo reconocí enseguida... Era un catecismo.

¿Por quién había sido olvidado?

¿Por aquella señora de blancos cabellos, vestida de luto, que se había bajado para tomar tal vez el camino de un barrio obrero...?

...¿Por el estudiantillo de segunda enseñanza, que, un momento hacía, se sentaba a mi lado...?

Quien quiera que fuese su dueño, allí estaba ahora el pobre catecismo en los gruesos y torpes dedos del peón, que trabajosamente volvían sus primeras hojas bajo las miradas de los compañeros.

De pronto, el peón de en medio, dándose palmadas en los muslos, exclamó:

—¡Muchacho!... no hay duda... ¡es un catecismo!...

Esta palabra hubiera debido despertar en aquellos pobres hombres, dulces y luminosas memorias.

Un catecismo... es el libro que guarda entre sus hojas nuestros más remotos recuerdos... el hogar que hemos abandonado... la aldehuela donde nos hemos criado... la abuela, tan piadosa que nos lo hacía repetir al amor de la lumbre... el anciano señor cura, que, de muchachos nos llevaba a su huerto, y allí, entre las flores, bajo la bóveda azul del cielo y enfrente de la montaña cuyas líneas nos eran familiares, nos enseñaba a conocer y amar a Dios.

...El catecismo hubiera debido traer a la memoria de aquellos obreros el recuerdo del tierno día de su primera

Comunión, cuando, a vista de todo un pueblo dulcemente conmovido, recibieron a Dios y sintieron por vez primera, en su materialidad, algo así como el escalofrío de lo infinito.

...Un catecismo es el libro del pobre... en él es donde se cuenta la sublime historia del primer obrero... donde se dá razón del por qué del dolor y del padecer... donde, para endulzar estos sufrimientos, senos muestra la visión del descanso, de la luz y de la paz...

Pero en el caso de hoy, la voz «catecismo» no produjo en modo alguno esta impresión.

Y asistí a una escena triste... tristísima.

El de más edad de los peones tomó el libro en sus manos, lo abrió con gestos necios e hizo ademán de bendecir a sus compañeros.

—¿Quién es Dios Nuestro Señor...? Vamos tú, *Crespo*, a tí te pregunta: ¿Quién es Dios Nuestro Señor...?

Y el *Crespo* se reía neciamente, con esa risa tonta que la cobardía pone en los labios y detrás de la cual no hay ni una idea.

—¡Ah! no sabes... ¿Quién es Dios...? Veamos entonces otra pregunta: ¿Para qué fin ha creado Dios al hombre...? ¡Cómolo...! ¿no sabes tampoco esto...? Bueno; yo te lo enseñaré... ¡cara de tonto!...

Y soltó una indecencia. Luego volvió las hojas; y las cosas más santas, desde las que se refieren a la Santísima Virgen hasta las que se atañen a la Extremaunción, pasaron por los labios del obrero, manchadas con la inmundicia de sus groseros chistes.

Las demás personas que iban en el coche, mirábanles.

Entre esas personas había una madre con su hijita, señoras, hombres...

Y los obreros no leían el desprecio, la compasión en los ojos, en el encogerse de los hombros, en el frunce de ciertos labios...

No... y proseguían su tarea como bestias... burlándose de los dogmas cristianos, cuando la irreligión ha hecho de Francia la nación decaída, la

(1) Así llaman familiarmente en París al ferrocarril Metropolitano, subterráneo en su mayor parte, que enlaza diversos barrios de la gran ciudad,

taberna del mundo, donde tales cosas son posibles...

¡Seguían su labor!... ¡Y tal vez tuviesen hijos que aquella misma noche aprendiesen, en el mismo catecismo que ellos escarnecían, *¡qué es honrar padre y madre!*

Lo repito: aquello partía el corazón. He aquí ahora mi pecado, si lo hubo.

Cuando todo esto pasaba, pensaba yo si no sería cosa de decir algo... de formular una protesta... ¡Y aún quién saber!... de despertar acaso un remordimiento en alguna de aquellas almas obscuras...

Podía, yo por ejemplo, intervenir y decir sin enfadarme:

—Yo he aprendido el catecismo y me lo sé de memoria; cuatro hijos tengo que lo están aprendiendo aún; me molesta que ustedes insulten como lo están haciendo a un libro que es libro de mi fe!

...Temí echar leña al fuego...

...Temí, yo, el bachiller, licenciado, doctor... sí... temí llevar la peor parte con aquellos brutos...

Sentía en mí la convicción de que sería apoyado, que otros viajeros llegaban como yo al borde de la misma protesta...

Y, sin embargo, vacilé...

Temí que una grosería salpicase como un puñado de lodo a mí, hombre correcto y pulcro, y a la verdad que yo pretendía defender.

...Temí, ¡qué se yo!...

En resumen: no dije nada... ¿He hecho bien?... ¿He obrado mal?

La discusión entablóse a la vez en todos los lados de la mesa.

—Yo... señor, dijo la señora, apruebo su conducta... Con tales brutos, no se sabe nunca cómo puede acabar la discusión...

—¡De ninguna manera!...

—¡Cristo se ha callado ante ciertos insultos!...

—¡Ha hablado de tal manera ante otros!...

—¡Oportune!... ¡importune!... decía San Pablo.

—En el fondo, usted ha sido tan cobarde como ellos... pero de otro modo ¡he ahí todo!

—Perfectamente... ¡Una arma de lujo!... ¡Hágale usted un estuche de *peluche* azul celeste!

—Pero, en fin... ¡Cuando se ve de antemano que no se va a sacar nada!...

—La verdad está entre los extremos; todo depende de las circunstancias.

—¡Si los Apóstoles hubiesen discursado así, se hubieran echado todos a dormir!...

—¡La fuerza a nuestros enemigos les viene precisamente de ese nuestro tan correcto silencio!...

—¿Y si yo llevaba la peor parte, allí... delante de toda aquella gente...?

—¡Según esa cuenta, nunca lucharía uno!...

—¡El valor, aun desgraciado, honra siempre la causa que defiende!

—*Canes muti...* ¡Usted, señor mío, ha sido un perro mudo!...

Y como ví a mi pobre vecino tan triste y cariacontecido, le absolví. Pero, por vía de reparación, grito yo hoy con la voz del periódico...

PIERRE L'ERMITE

## ¡TODOS TENEMOS...!

Si al galán más apuesto y rozagante un fotógrafo astuto retratará

en el preciso instante que un súbito estornudo fulminante en sus fosas nasales explotara, ¿quién vislumbrar podría en aquel gesto el noble rostro del galán apuesto?

Pues bien, cuando juzgamos obrando de ligero al hombre por un acto pasajero, nosotros imitamos al fotógrafo poco concienzudo que copia en su instantánea el estornudo

Juzguemos cual queremos ser juzgados, y no olvidemos que aun los más honrados, como dijo Platón: «Todos tenemos pecas en el cogote, y no las vemos.

AITZ GORRI.

## ¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

Apaciblemente penetra un sacerdote anciano en la casa de uno de sus feligreses donde sabe que han efectuado su lúgubre invasión el sufrimiento y la angustia, y penetra allí porque el dolor atrae al sacerdote, como al hombre de mundo los placeres.

El marido, de pie junto a la ventana, fuma, mientras que su mirada vaga por el espacio.

La esposa está sentada en su sitio acostumbrado, pero no trabaja, sino que llora.

—Parece V. muy triste. ¡Vaya! ¿Qué es lo que pasa a V. hoy? preguntó el sacerdote.

—Siempre lo mismo que la última vez que estuvo V. aquí, señor cura, y todavía peor.

—Vuestro hijo, ¿no es eso?

—Sí, él; siempre él; ya le tenemos despedido de su taller, ¿y van tres?

—Pero ¿no podéis corregirle?

—¿Corregirle? ¡Ah! exclamó la madre sollozando. ¡Si supiese V. cómo se rie de cuanto se le dice! Escucha unos instantes, levanta los hombros y se va para volver cuando le parece.

—Vamos a ver, mis caros amigos, ¿fuiis también vosotros para con vuestros padres como vuestro hijo es ahora para con vosotros?

—¿Nosotros? ¡Ah! profirió el padre, no sin que las lágrimas acudiesen a sus ojos. ¡Hacer yo llorar a mi madre! ¡Yo! ¡Pues si era de ver nuestra familia! ¡Cuando mi padre hablaba!...

—Permitame V. una sola palabra, mi pobre Juan, ¿reza vuestro Luis?

—El infeliz no sabe ni aún hacer la señal de la Cruz.

—Y a su edad, ¿sabiais vosotros?

—Bien sabe V. que sí, señor cura; con padres como los nuestros no había otro remedio que cumplir cada uno con su deber. El domingo hacíamos ir delante de ellos a Misa, y por la noche... ahí la tiene V. ..., en presencia de esta santa imagen nos arrojábamos todos juntos. ¡Pobre padre! ¡Pobre madre! ¡Los queríamos tanto! Los obedecíamos con perfecto agrado; ¡pero este!...

—Pues bien, amigo mío, dijo el sacerdote acercándose al padre y estrechándole la mano, ¿se le alcanza a V. todo lo que se contiene en lo que acaba de decirme? Usted obe-

decía a sus padres porque sus padres le hacían a V. obedecer a Dios, Usted amaba a sus padres porque sus padres le enseñaron a amar a Dios.

Recordad que no ha sido una vez sola en la que os he dicho: «Dejais que vuestro hijo falte a Misa y a la doctrina, le mandáis a una escuela donde nunca se le habla de Dios; tened cuidado, porque eso os costará algunas lágrimas.»

¿Iba yo descaminado?

¡Ah, mis buenos amigos! Una y otro habéis dejado de orar; habéis permitido a vuestro hijo que viva olvidado de Dios; hasta vosotros habéis olvidado a Dios, así es que Dios se ha ido de vuestro hogar, y cuando Dios que es todo bondad, se ausenta de un alma o de una casa, llévase sus bienes; harto sabéis cuáles son: *la paz, la concordia, la alegría y la obediencia.*

Y no habrá razón para preguntar a esas madres que tan dolorosamente gimen por el comportamiento de sus hijos, por su insensibilidad e ingratitud: ¿quién tiene la culpa?

¡Ah! volved, volved a la práctica piadosa de *orar en familia.*

Volved a la enseñanza del Catecismo, a la lectura de la vida de los Santos, a la obediencia respetuosa a todas las leyes de la Iglesia.

Volved a convertir vuestras casas en *santuarios.*

A. SILVANO.

## SECCIÓN AGRÍCOLA

En muchas zonas de nuestro territorio existe una desproporción enorme entre la superficie que se destina a prados y el número de cabezas de ganado que se mantienen en la misma. No incurrimos ciertamente en exageración al asegurar que en muchos casos podría triplicarse el número de cabezas de ganado que alimenta una superficie dada de prado, con solo introducir una pequeña mejora en cultivo. Nos referimos, al decir esto, a la cuestión de la fertilización.

Del empleo del estiércol, como abono para fertilizar los prados no hablaremos, porque el abono de cuadra debe ser completamente desechado para este objeto. Dicho abono no puede ser bien utilizado, más que enterrado por medio de una labor de arado.

De no convenir el estiércol, los únicos abonos que se pueden emplear, son los fertilizantes químicos. Claro es que esto lo decimos partiendo del punto de vista de la necesidad absoluta que hay de abonar los prados. No ignoramos que muchos labradores no lo hacen, pero como se dice vulgarmente, «en el pecado llevarán la penitencia», porque obtendrán rendimientos escasos y de poco valor nutritivo.

Hoy todos los autores están unánimes en opinar y la práctica ha sancionado su manera de ver, que para la obtención de los mayores rendimientos netos, el empleo de los fertilizantes fosfo-potásicos es indispensable.

Conocemos muchos casos en que un desembolso de 70 a 80 pesetas por hectárea hecho por el agricultor para la compra 400 kilos de superfosfato 18p20 y de 125 kilos de cloruro o de sulfato de potasa le ha producido más de 300 pesetas de beneficio líquido por hectárea. Ahora bien, nosotros preguntamos, ¿habrá todavía muchos labradores que después de conocer estos hechos, se obstinen a no querer emplear los abonos fosfo-potásicos en la fertilización de los prados?

Se empeñan bastantes en quebrantar, trabajando, los domingos y fiestas de guardar, burlándose de tales cosas, y en compensación a esta injusta desobediencia tienen luego que soportar días y meses! huelgas forzosas que los arruinan.

¡De Dios nadie se burla!

## TROZOS DE CHARLAS

—¿De qué se ríe V. con tanta gana?

—Del afán con que toda esta gente anticlerical escribe y perora contra la Iglesia Católica, creyendo los muy necios que van a acabar con ella.

—No crea V... no crea V. que va a la cosa mal.

—Para ellos rematadamente mal, como siempre. Hace veinte siglos que esta casta de combatientes vienen laborando con las armas, con la pluma, con el poder y la astucia, con la burla y la mentira, contra Cristo y su Doctrina, diciendo: ¡ahora, ahora va de veras! de esta no resiste más; ved cómo se tambalea! ¡ya cae!... y caen ellos, reyes y guerreros, escritores y ministros, burladores y engendradores de infundios, en la sima eterna de los vencidos, de los desesperados...

Y la Iglesia Católica continúa y continuará hasta la consumación de los siglos, fuerte y victoriosa, pura y santa como su Divino Fundador, viendo además que muchos de sus enemigos, rendidos al peso de la verdad y de la razón se vuelven a ella exclamando: Creo y confieso en cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana a la que me pesa grandemente haber ofendido..

¿No está V. viendo frecuentemente esta consoladora vuelta al redil de muchas ovejas extraviadas? ¡Ay de las que se obstinan en la separación, no serán felices jamás!

—Pues yo persisto en llamarme anticlerical.

—¿Quién puede impedirle a usted darse de trastazos contra el sentido común?

—¡Si viera usted anoche cómo depotricaba D. Canuto en el estanco contra la confesión y los curas y la Iglesia!...

—¿A que no depotricaba contra los ladrones?

—No le oí...

—Porque la riqueza que él tiene fué adquirida por malas artes. Me consta. ¿A que no soltó ni una palabra contra los hijos que matan a disgustos a sus padres?

—No... no...

—Porque él fué uno de estos, llegando hasta el extremo de echar de casa a su madre ya anciana e impedida. ¿A que no censuró a esos que llevan la deshonra a muchos hogares?...

—¡Hombre!...

—Por que él tiene sobre su conciencia la perdición de no pocas hijas de familia... Desengáñese V. «La mayor honra que puede ostentar la religión católica es tener contra ella a todos los granujas del universo.»

—Estuvo aquí dando unas conferencias contra todo lo divino y humano... ¿le oyó V.?

—¿Yo?... ¡qué mal concepto tiene usted formado de mí! Cualquiera ape-

chuga con estos oradores de relumbión que, bajo pretexto de ciencia y cultura, sueltan disparates a granel.

—Habló de la creación... del Padre Eterno...

—Ya lo se y tuvo bromas irreverentes que el público aplaudió.

—Demostró (¿) que veníamos del mono.

—El puede que sí; es todo una monada.

—Habló de medicina.

—Y bien que se rieron algunos médicos, que, por diversión, fueron a oírle.

—Tuvo frases muy duras e insultantes y hasta pornográficas para las mujeres españolas ¡si V. supiera lo que dijo!...

—También lo se, y se que el público, compuesto de mujeres y hombres, aplaudió.

—Pues no paró en esto *la cosa*. Se le dió un banquete y se le pagaron las conferencias (¿) y...

—No me cuente V. más. La dignidad se subleva. ¿Qué juicio habrá formado de este pueblo ese viajante melencólico?

Bastante peor, creo yo, que de otro pueblo próximo al nuestro, donde ni siquiera le cedieron local para sus atrevimientos, teniendo que marcharse con los *embuchados* a otro lugar de fácil explotación como el nuestro.

—Vamos a ver, señor mío, yo ¿puedo leer de todo, bueno y malo para saber de todo; puedo oírlo todo; verlo todo?...

—¡Claro que sí! Por la misma razón que puede V. comer y beber de todo, bueno y malo para probar sus efectos: merengues y arsénico, patatas y extricnina, salchichas y morcilla perruna. Por la mismísima razón que puede V. oírlo todo para recrearse: una deliciosa pieza musical y una sarta de injurias. Por la mismísima razón que puede V. verlo todo para extasiarse en la contemplación: un precioso paisaje y un hecho canallesco...

—No, no, distingamos...

—¡Ah! pero ¿hay que distinguir? Entonces se terminó la discusión ¡Qué preguntas más cándidas tiene V.!

### El sentido común contra el conde de Romanones

Carta de un socialista a su hijo.

«L' Humanité», de París, órgano socialista que publica el Sr. Jaurés, jefe de la secta en Francia y hombre a quien sus mismos adversarios reconocen talento, ilustración y juicio, insertó en las columnas de su periódico una carta dirigida por un socialista a su hijo, escrita con tan buen sentido y alta dosis de honradez, que no vacilamos un momento en recomendar su lectura al Conde de Romanones.

El siguiente documento, aunque algo antiguo, es hoy de la mayor oportunidad.

Dice así:

«Querido hijo:

Me pides un billete que te exima de cur-

sar la religión, un poco por tener la gloria de proceder de distinta manera que la mayor parte de tus condiscipulos, y temo que también un poco para parecer digno hijo de un hombre sin convicciones religiosas. Ese billete, querido hijo, no te lo envío ni te lo enviaré jamás.

No es porque deseo que seas clerical, a pesar de que no hay en esto ningún peligro, ni lo hay tampoco en que profeses las creencias que te expondrá tu profesor. Cuando tengas la edad suficiente para juzgar serás completamente libre; pero tengo empeño decidido en que tu instrucción y tu educación sean completas y no lo serían sin estudio serio de la religión.

Te parecerá extraño este lenguaje, de haber oído tan bellas declaraciones sobre esta cuestión; son, hijo mío, declaraciones buenas para que arrastren a los hijos de los demás, pero que están en pugna con el más elemental buen sentido.

He dicho que quería que tu instrucción fuese completa, y ¿cómo lo sería sin un conocimiento suficiente de las cuestiones religiosas, sobre las que todo el mundo discute?

¿Quisieras tú, por ignorancia voluntaria, no poder decir una palabra sobre este asunto, sin exponerte a soltar un disparate?

Pero dejemos a un lado la política y las discusiones, y veamos lo que se refiere a los conocimientos indispensables a un hombre de cierta posición. Estudia Mitología para comprender la historia y la civilización de los griegos y de los romanos, y ¿qué comprenderías de la historia de Europa y del mundo entero después de Jesucristo, sin conocer la religión que cambió la faz del mundo y produjo una nueva civilización?

En el arte, ¿qué serán para ti las obras maestras de la Edad Media y de los tiempos modernos, si no conoces el motivo que las ha inspirado y las ideas religiosas que contienen? En letras, ¿puedes dejar de conocer no sólo a Bossuet, Fenelón, Lacordaire, de Maistre, Veuillot y tantos otros que se ocuparon exclusivamente en cuestiones religiosas, si no también a Corneille, Racine, Hugo, en una palabra, a todos estos grandes maestros que deben al cristianismo sus más bellas inspiraciones?

Si se trata de Derecho, de Filosofía o de Moral, ¿puedes ignorar la expresión más clara del Derecho natural, la Filosofía más extendida, la Moral más sabia y más universal?—Este es pensamiento de J. J. Rousseau. Hasta en las ciencias naturales y matemáticas encontrarás la religión: Pascal y Newton eran cristianos fervientes; Ampère, era piadoso; Pasteur, probaba la existencia de Dios y decía haber recobrado por la ciencia la fe de un bretón; Flammarión se entrega a fantasías teológicas. ¿Querrás tú condenarte a saltar páginas en todas tus lecturas y en tus estudios.

Hay que confesarlo: la religión está íntimamente unida a todas las manifestaciones de la inteligencia humana; es la base de nuestra civilización, y es ponerse fuera del mundo intelectual y condenarse a una inferioridad manifiesta en no querer conocer una ciencia que han estudiado y que poseen en nuestros días tantas inteligencias preclaras.

Y ya que he hablado de educación: para ser un joven bien educado, ¿es preciso conocer y practicar las leyes de la Iglesia? No te diré más que lo siguiente: nada hay que reprochar a los que las practican fielmente, y con demasiada frecuencia hay que llorar por los que no las tienen en cuenta. Pero no fijándose más que en la cortesía, el simple «savoir vivre», hay que convenir en la necesidad de conocer las convicciones y los sentimientos de las personas religiosas. Si no estamos obligados a imitarles, debemos, por lo menos, comprenderles, a fin de guardarles el respeto, las consideraciones y la tolerancia que les son debidos.

Nadie será jamás delicado, fino, ni siquiera presentable, sin nociones religiosas.

Querido hijo, convéncete de lo que te digo: muchos tienen interés en que los demás desconozcan la religión, pero todo el mundo desea conocerla. En cuanto a la tan caca-

reada libertad de conciencia y otras cosas análogas, no es más que vana palabrería que rechazan de consuno, los hechos y el sentido común. Muchos anticatólicos conocen, por lo menos medianamente, la religión; otros han recibido educación religiosa; su conducta prueba que han conservado toda su libertad. Y, además; no es preciso ser un genio para comprender que sólo son verdaderamente libres de no ser cristianos los que tienen facultad para serlo, pues en caso contrario, la ignorancia les obliga a la irreligión. La cosa es clara: la libertad exige la facultad de poder obrar en sentido contrario...

Esta carta te sorprenderá, estoy persuadido de ello; precisa, hijo mío, que un padre diga siempre la verdad a sus hijos. Ningún compromiso podría excusarme si permitiese que tu instrucción fuese incompleta y tu educación insuficiente.

Recibe, querido hijo, etc.

Huelgan los comentarios.

## DIALOGO

—No me explico la actitud de los católicos ante el anuncio del Gobierno de no hacer obligatoria en las escuelas públicas la enseñanza de la Doctrina Cristiana.

—Yo, si me lo explico. Pero, en fin usted dirá.

—El Gobierno, en el presente caso, no hace nada que vaya contra la Religión del Estado: vela por la libertad de conciencia de sus súbditos.

—¿Y usted lo cree así? Pues está usted arreglado. Prescindámos, que no es poco prescindir, prescindamos de que no se lesionen los derechos de la Religión Católica, que es la del Estado, y la de la inmensa mayoría de los españoles; prescindamos, vuelvo a repetir, de que no haya tal lesión de derechos, y vamos al otro punto de vista. Vamos al de la libertad de conciencia. Decía usted que...

—Digo que el Gobierno no puede obligar a que aprendan la Doctrina Cristiana a los que no son católicos.

—Entendido. De modo, que el argumento de usted, y del gobierno también, es éste, poco más o menos. Los que no son católicos tienen su conciencia, y quieren que se les respete la libertad de la misma, y esta libertad deja de ser respetada desde el punto y hora en que se les obligue a estudiar la doctrina de una Religión que no profesan. ¿No es eso?

—Así es, ni más ni menos.

—¿Y usted, amigo mío, es tan cándido que cree que el gobierno lo que se propone en esta cuestión es respetar la libertad de conciencia?

—Yo lo creo así a ojos cerrados.

—Pues yo a ojos cerrados y a ojos abiertos veo precisamente lo contrario.

—Porque le ciega a usted la pasión.

—No. No se precipite usted en sus juicios. Vamos despacio. Los no católicos dicen: ni nosotros ni nuestros hijos creemos en la Religión Católica. No queremos, pues, que el Gobierno les obligue a que estudien en la escuela una doctrina que rechazamos en uso de nuestra libertad de conciencia.

—Se explica usted como un libro. Y el gobierno, puesto en este trance, dice: yo no puedo obligar a que aprendan Religión los que no creen en la Religión. Suprimo, pues, la obligación de estudiar el Catecismo en las escuelas del Estado. ¿Hay aquí algo que sea reprehensible?

—Mucho; y entre otras cosas mucha falta de lógica y aún de justicia. Porque si los que no son católicos tienen su conciencia y quieren que esa conciencia sea respetada en el ejercicio de su libertad, nosotros los católicos también tenemos nuestra conciencia, y tenemos derecho a que se nos respete en el uso de nuestra libertad. ¿No es así?

—Eso es indudable.

—Y, sin embargo, ya hace años, que un día si y otro también, los padres católicos y los Obispos vienen pidiendo al gobierno que se supriman de los centros docentes del Estado ciertos libros de texto cuya doctrina es contraria a las enseñanzas de la Religión, y,

no obstante, a los alumnos católicos se les obliga a estudiarlos y aún se les suspende en los exámenes si no contestan en conformidad con los mismos. Si el gobierno juzga en este caso cumplir un deber atendiendo a las reclamaciones de los que no son católicos, ¿por qué no atiende a las reclamaciones de los católicos? ¿Es porque para un gobierno que se llama católico merece más respeto la conciencia de los sectarios que la de los católicos? Si aquellos piden que se obligue a estudiar a sus hijos lo que no creen, ¿por qué no se atiende a los católicos que llevan años que supriman ciertos libros de texto, ciertos programas, y, en fin, cierta clase de enseñanza en los centros docentes del Estado? Si hay libertad de conciencia, háyala para todos, y si esta libertad se concede sólo a los sectarios y se les niega a los católicos, entonces dejo a la consideración de usted la calificación que esta conducta se merece.

—Pues...

—No, señor. Aquí se habla, se invoca la libertad, pero siempre en favor de los no católicos. Para los católicos la opresión, y esto por los que se jactan de rendir culto a la libertad de conciencia. Los hechos lo dicen a grito pelado.

F.

## El anticlericalismo y las matemáticas

Dice *El Diario de Valencia*:

«El término medio de lo que se recauda en Valencia por arbitrio de carnes es de 3.500 a 4.000 pesetas diarias.

El viernes de Dolores, día de vigilia, se recaudaron *cuarenta pesetas*».

Estas, como es natural, deben corresponder a enfermos y anticlericales. ¿Podría el lector calcular el número de anticlericales que hay en Valencia?

## Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

### Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

### Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

## BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

### CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

## Acebal, Rato y Comp.<sup>a</sup>

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

## Vida de Nuestro Señor Jesucristo

Por el P. Vilariño Ugarte, S. J.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo que fué publicándose en *El Mensajero* durante los años de 1908-1911. sale ahora en un volumen ordenada para la lectura seguida. En esta vida el autor ha procurado poner toda aquella sencillez que sea necesaria para que el pueblo cristiano lea, medite, entienda y saboree la dulcísima historia de Jesucristo. El libro es extenso, 714 páginas de 0.21 por 0.14, porque en los compendios no puede decirse nada. Las interpretaciones son todas muy fundadas y sólidas. El deseo del autor es ver propagada esta obra por todas las familias cristianas, y leída por todos los que entiendan castellano. El precio es el más bajo que puede darse a esta obra.

2,50 Ptas. en rústica 3,50 en tela

Los pedidos a la Administración de *El Mensajero del Corazón de Jesús*.—Ayala, 3, Bilbao.

## Correspondencia administrativa

Sr. D. C. G.—Cobos de Segovia.—Pagó a fin Marzo 1914.

Sr. D. R. C.—Arganda.—Id. id. de Enero 1914.

Sr. D. G. D. de D.—Covadonga.—Id. 1912 y 13.

Sr. D. A. A. C.—Fano.—Id. a fin Marzo 1913.

Sr. D. M. C.—Fuentes de Bejar, pagó 1912.

Sr. D. B. O. M. de Elorduy.—Id. a fin Junio 1913.